

# El corazón amigo

José Luis González Vera

ILUSTRA Guillermo Peyro Roggen



Cuando leí a Carlos Marzal él aún era un joven y orgulloso nieto de Don Manuel Machado por lo que nuestras vidas se hicieron más complejas al mismo ritmo que sus versos. Desde aquel *Último de la fiesta* (1987), anclado a la nocturnidad por donde fluye con fuerza la sangre de los días, hasta su último *Fuera de mí* (2004), Carlos ha desarrollado un proceso que podríamos explicar como el análisis de la perplejidad frente a la existencia, concepto en que resume su obra reunida, recién editada, cuyo grosor de páginas admiro sobre mi mesa. Carlos Marzal se ha convertido en uno de los grandes referentes de su generación, pronto significada con el marbete de *poetas de la experiencia* que, como él dice, no está mal porque los hay peores; fue una facción de la llamada crítica quien lanzó el término como bala para enjuiciar los textos con una miopía que, para su vergüenza, queda impresa en los boletines y consignas que fueron enarbolados durante aquellos penosos inicios de los años noventa, donde la alerta más coherente que ellos difundían señalaba la cantidad de premios que ganaba ese grupo de escritores situados ante el mismo paredón, y las cenas a las que los invitaban. Pero el tiempo aplica su soplete insobornable y desgaja la anécdota para que brille la categoría; los años son lectores implacables y, así, la obra de Luis García Montero, de Felipe Benítez Reyes, o de Carlos Marzal, por citar entre otros muchos sólo a quienes *Litoral* ha dedicado un monográfico, se ha consolidado, sus caminos demuestran la profundidad de sus poéticas, y público y crítica les ofrecen hoy sus homenajes de reconocimiento ante tanta emoción esparcida y tanta sabiduría arraigada en los hemistiquios. Carlos ofrece entre estas páginas de *Litoral* una reflexión lúcida sobre sus presupuestos estéticos, en parte aplicables a toda su generación, por lo que el historiador de la literatura hallará en esos renglones un instrumento fresco y de gran valía teórica, elaborado por un veterano creador que ejecuta faenas de las que siempre sale airoso, ante el bravío blanco del papel.

*Experiencia* no es torpe etiqueta, como ya digo, si se supiera apreciar en su justa medida que va más allá de las consideraciones históricas de Robert Langbaum, y más acá de las históricas de ciertos grupúsculos; es decir, si formulamos la pregunta desde el negativo: ¿qué poesía no nace de la experiencia?, quedarán al margen ciertos juegos vanguardistas y poco más, pues en los mismos anaqueles nos veremos obligados a catalogar, por ejemplo, la mística, la metafísica e, incluso, la aparente sensualidad de los modernistas; basta que situemos nuestra cámara desde otro ángulo frente al objeto. Tampoco se trataba de literatura laudatoria del alcohol, drogas, fiesta y lamento por el final de la juventud, adobada con alardes métricos; es cierto que todos esos temas fueron abordados por aquel conjunto de jóvenes que, tras los pasos de la generación de los cincuenta, buscaba lo lírico en las marcas que en lo inmediato deja esta lluvia de minutos bajo la que camina-



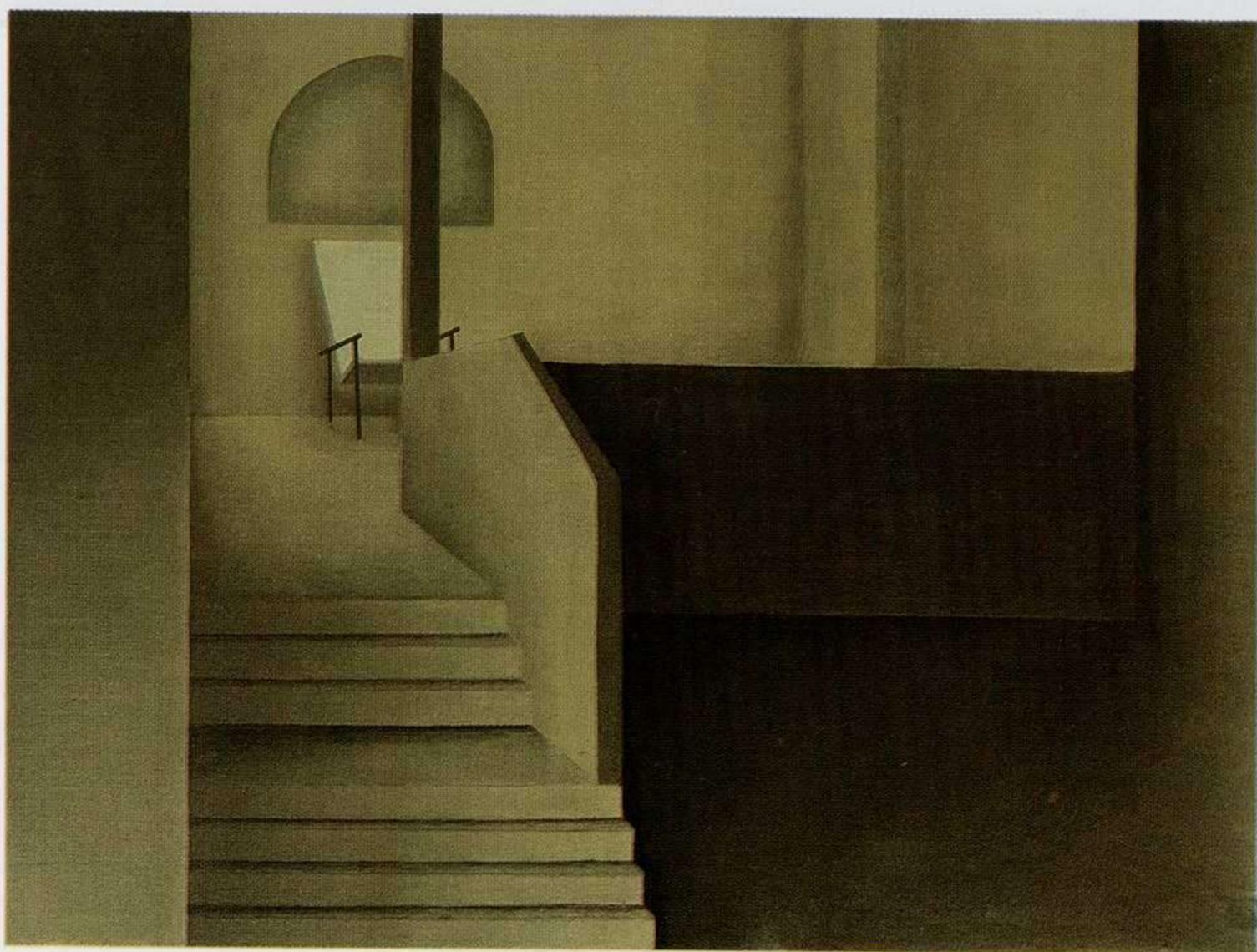
*Estancia IV, 2002*

mos; de este modo, tras cada intuición, aparecía la musa en vaqueros a la que todos querían besar en la boca y hacer suya porque en ella reconocían una amante digna y no una maternal señora de otros cielos. Aquella chica que ya oía *Radio Tres* y vestía cuero negro repleto de tachuelas entendía sólo las palabras santas de cada jornada, aquellas que se gastan entre los puestos del mercado, el paseo dominical, o los burdeles; también lo sordido merecía ser adornado con flores y extraerle su zumo para que iluminara el camino. En definitiva, nada ajeno fue visto como humano, por un regreso consciente a lo que pasa en la calle como el anclaje sólido para entender la existencia.

Pero nuestra preciosa amada, buena conocedora de la música moderna, militante en los movimientos culturales y políticos que parcelaron el final del franquismo y los inicios de la democracia, había asistido a la universidad y cursado clases de finura técnica y versificatoria en los textos de las generaciones inmediatas por lo que aquellos perfumes familiares había que entregárselos en pebeteros muy bien esculpidos para que le fueran agradables; el Carlos Marzal, poeta incipiente, apuntaba en esas maneras una maestría que aún hoy sorprende, incluso cuando la usa como mero divertimento, actividad de la que el lector de este número podrá tener buena cuenta, si dirige su mirada hacia la feliz correspondencia que mantuvo con Felipe Benítez Reyes y Fernando Quiñones, porque para esta generación a la que nos referimos, la amistad sí sería un rasgo definido que dibujaría sus lindes; así se contempla en la sección del álbum fotográfico donde nos acercamos con todo cariño a las intimidades biográficas de Carlos Navarro Marzal, su afán de aventura, las certidumbres de su alma o las materializaciones en imágenes de los recuerdos que musitan en sus poemas.

Aquellos que fueron jóvenes inquietos por encontrar una patria lírica en que se hallaran cómodos y que coincidían en ciertos conceptos sobre la naturaleza del paisaje soñado, hoy son escritores maduros, cada uno con su propio universo simbólico pero con la obsesión común de desentrañar,

entre la tramoya del decorado que nos rodea, las claves que nos indiquen cuál es el argumento en que se basa el guión de esta película a la que estamos abocados sin haber acudido a ninguna selección de personajes; el final lo sabemos. En este sentido, Carlos halló entre el viaje nocturno de Luis Ferdinand Céline una pista de despegue desde la que inició un vuelo en su *Vida de frontera* (1991) que, en mi opinión, aún no ha terminado, entre otros motivos, a causa de su gran capacidad para sintetizar combustibles nuevos que impulsen esos poemas largos, reflexivos, donde la paradoja sorprende en cada estrofa y que ojean como aquel aviador sobre el atasco de tráfico, los límites de la vida; este es el viaje propuesto en *Los países nocturnos* (1996), *Metales pesados* (2001) y el antes aludido, *Fuera de mí*. De los rumbos seguidos y las rutas transitadas, diseñan un detallado mapa los estudios que con rigor han elaborado un grupo de críticos con prestigio y certeras brújulas; estas claves objetivas sobre la creación marzaliana son complementadas por las semblanzas y poemas dedicados que nunca pueden faltar entre los regalos a un escritor que tanta simpatía genera entre quienes lo conozcan; además las reflexiones acerca de su obra y las pinceladas biográficas se entretajan con una antología personal y de creación inédita que no defraudarán a cuanto lector se aproxime a este nuevo número en que esta vieja revista entrega, otra vez, su esfuerzo para difundir la moderna creación lírica hispánica. Este volumen se ha convertido, antes de brotar del sueño de las rotativas, en un faro inexcusable para cualquier investigación sobre la poesía de nuestro amigo valenciano Carlos Marzal.



*En la Naya, 1999*